

Que no son una misma cosa, por más que los académicos así lo crean y lo enseñen, sino dos cosas muy distintas. Porque en la carraca produce el ruido una lengüeta que cae con fuerza sobre los escalones de una rueda en movimiento; mientras que en la matraca le produce un mazo que, sujeto á un eje y girando en semicírculo, golpea alternativamente los dos extremos de una tabla.

El miércoles por la mañana continuaban los ensayos de canto y de ruido, y por la tarde había que armar el Monumento. En casi todos los pueblos del país el Monumento se hacía, y aun se hace, con sábanas, colchas, mantones, pañuelos y cintas, siendo una operación fastidiosa y larga; pero en Pedrosa había un Monumento de lienzos pintados y no se necesitaba más que armarle. El telon principal representaba una fachada con puerta de arco. A los lados de ésta había pintados dos profetas, Isaías y no recuerdo qué otro. Encima de la puerta se veía un balcon, el balcon de Pilatos, donde este inicuo juez, digno patrono y exacto patron de la actual judicatura, exhibía ante las turbas á Jesus desnudo, azotado, coronado de espinas, con el rostro ensangrentado y escupido, diciendo *Ecce Homo*, para ver si moviéndolas á compasion podía salvarle la vida sin comprometer su destino. El resto del lienzo estaba pintado de color gris con algunas rayas blanquecinas imitando sillares con sus

juntas. En el interior había otros tres bastidores del mismo color, y cerraba el fondo un lienzo extendido delante del altar, teniendo en su parte superior una portezuela que se correspondía con la Custodia y en la inferior una pintura yacente de Jesus difunto y amortajado. Fuera de la puerta había pintadas y recortadas en tabla de roble dos siluetas de soldados romanos con lanzas guardando el sepulcro.

Al oscurecer, previo el toque habitual, acudía toda la gente á las tinieblas, que á los chiquillos se nos hacían muy largas. ¡Con qué afan contábamos las velas del tenebrario que iban apagándose! Con qué ansiedad esperábamos que se apagaran todas y llegara el momento de tocar la carraca! De cuando en cuando alguno de los más impacientes daba un poco de movimiento á la rueda para que la lengüeta saltara un escalon, y los demas al sentir el castañolido soltaban un prolongado ¡chissst! más perturbador que el golpe que le había motivado.

Por fin se llegaba al *Benedictus*, y al concluirle quedaban apagadas todas las velas del tenebrario, menos la *María*, la superior, que se entregaba á uno de los cantores para que, seguido de todos los que no sabían el *Miserere* de memoria, se retirara con ella á la sacristía á cantar por el libro los versículos pares.

La iglesia quedaba completamente á oscuras,

y el prior, que apenas tenía oído y que, según decía uno de sus feligreses, solía entonar por ce-pa-de-urz, comenzaba con voz de bajo profundo:

Miserere mei, Deus...

Sus acompañantes continuaban con facilidad en una octava más alta:

Secundum magnum misericordiam tuam,

y en la misma cuerda contestaban los de dentro. Pero unos y otros lo cantaban tan solfeado, con unas caídas tan solemnes y unas paradas tan largas, que aquello era una desesperación para los que aguardábamos el momento de hacer ruido. Así es que los golpecitos de escalones sueltos menudeaban mientras el *Miserere* de un modo alarmante.

Al cabo sonaba la última palabra, la palabra *vítulos*, que ya sabíamos que era la nuestra, y nos echábamos á tocar desaforadamente. Un minuto, dos, tres, se nos hacían un instante, mientras á las personas mayores se las hacían un siglo. Se entreabría la puerta de la sacristía y asomaba la luz; y se volvía á cerrar y á oscurecer, porque alguno de aquellos cantores se compadecía de nosotros y quería protegernos. Por último se abría la puerta del todo y salía la vela; pero hasta que su luz no bañaba toda la iglesia en claro, no cesaba el estruendo.

En seguida se rezaba el rosario y se retiraba la gente á tomar colocación y á dormir para madrugar al día siguiente.

El jueves se tardaba en tocar á misa para que los labradores aprovecharan la mañana trabajando; porque después ya no trabajaba nadie. A eso de las diez sonaban los toques de costumbre, acudía la gente y empezaba la misa en el altar de San Miguel, que era el de la derecha, porque en el mayor estaba el Monumento. Por cierto que el retablo de aquel altar, muy churrigueresco, tenía unas columnas ceñidas de rama de parra con hermosos racimos de uvas negras, que nos estaban dando una envidia...

Mientras el *Gloria*, que duraba un gran rato, pues se cantaba con toda solemnidad el de la *Misa de Angeles*, la esquila repicaba de continuo y las campanas daban vuelta sin cesar, como para desquitarse anticipadamente del futuro silencio.

Al terminar la misa, los individuos de Justicia y los vecinos más respetables se adelantaban á coger las varas del pábilo para llevar el Señor al Monumento. Verificábase muy despacio la procesion, cantando el *Pange lingua* y el *Sacris solemniis*, y en llegando, para incensar, el *Tantum ergo*. Inmediatamente se levantaban de sus sitios muchas mujeres que iban presurosas á depositar las luces que al efecto llevaban preparadas: candeleros y palmatorias

con velas de diferentes tamaños adornadas con papeles de colores, velones de cuatro mecheros, de dos y de uno, todos muy relucientes. El mayordomo se encargaba luego de ir poniendo estas luces en orden, por categorías, formando con ellas en el suelo del Monumento dos columnas laterales y dejando en el medio una calleja para poder llegar al Sagrario. A la cabeza de cada columna ponía las velas de á libra, despues las de á media libra, detras las de á cuarteron y más atras las luces de aceite. Algunas donantes le hacían al oído advertencias relativas á la mayor ó menor extension de su ofrecimiento, verbigracia:

—Mira, aquella vela grande con un papel rizado es la mía: cuida de que no se gaste del todo, que quiero que me quede un cabo muy bien grande para encender cuando haya nubes.

—Bueno, descuide usted — contestaba el mayordomo dispuesto á cumplir el encargo.

* * *

En aquella semi-oscuidad, que sólo por la luz de las luces del Sagrario dejaba de ser completa y absoluta, pues las ventanas estaban tapadas, la alta y hermosa iglesia gótica estaba imponente.

El Monumento, de lienzo pintado, parecía una antigua construccion de silleria, y las siluetas de los soldados romanos colocadas á los

lados del arco de entrada parecían soldados de veras.

El *bis bis* de los que rezaban en voz baja, el exquisito cuidado con que pisaban los que se iban saliendo, para no hacer ruido, todo contribuía á producir un ambiente de misterio que á los rapaces nos impresionaba profundamente.

Como al concluirse la misa solía ya ser cerca de mediodía, en cuanto se rezaba una estacion se marchaba la gente á comer; pero todos volvían en seguida.

Unos entraban desde luego á rezar, otros se quedaban á la puerta parleteando, y allí se cambiaban las noticias de si tal ó cual mujer piadosa ayunaba aquel año al traspás, que era no comer ni beber de gloria á gloria, vamos, desde la comida de mediodía del jueves, inmediata al toque de gloria de este dia, hasta que tocaban á gloria el sábado; de si aquella tarde se cantaban algunos versos nuevos, traídos de lejas tierras... Tras de un rato de conversacion, los que la habían sostenido entraban tambien en la iglesia. En aquella primera hora reinaba el más absoluto silencio. Cada uno rezaba para sí. Nadie se movía. De vez en cuando el mayordomo, armado de unas espabiladeras y un platillo, entraba dentro del Monumento y desmoquitaba los velones y las velas para que alumbraran mejor, volviéndose luego á su sitio.

A las dos y media empezaban ya los calvarios, que duraban toda la tarde, pues en cuanto se concluía uno empezaba otro. El primero que se presentaba á decir el suyo era el tío Juanito, que por cierto le decía muy bien, contando los tormentos y las penas de Jesus con voz dolorida, como si él los estuviera pasando. Decía el viacrucis del padre Fray Juan Vázquez, llamado allí el *calvario largo*, que era el que más gustaba, pues narraba los tormentos del Redentor con detalles muy minuciosos y patéticos tomados de las revelaciones de Santa Gertrudis y Santa Brígida, y con extensas y muy piadosas consideraciones sobre cada paso. Sirva de ejemplar la estacion undécima, de la crucifixion, que decía:

«Considera cómo, ya desnudo el Señor, le volvieron á poner la corona de espinas, y luego le mandaron los verdugos con grande imperio al Omnipotente Jesus que se tendiese en la cruz, y el poderoso Rey obedeció sin abrir su boca. Y habiendo hecho los barrenos con toda malicia más largos, uno de los verdugos tomó una mano del Salvador y asentándola sobre el agujero de la cruz, otro verdugo la clavó en él, penetrando á martilladas la palma del Señor con un clavo esquinado y grueso. Despues, para clavar la otra, como no llegaba al agujero, ataron una cadena á la muñeca, y tirando con inaudita crueldad, ajustaron la mano con el barreno. Pasaron á los pies, y

puesto uno sobre otro, con otro clavo más fuerte se los clavaron. Quedó aquel sagrado cuerpo, en quien estaba unida la divinidad, clavado y fijo en la cruz, y aquella fábrica de sus miembros, edificados y formados por el Espíritu Santo, tan descuadernados, que todos los huesos se le podían contar, porque todos quedaron dislocados y fuera de su lugar natural. Desencajéronse los del pecho, de los hombros y espaldas... Y para mayor tormento le volvieron boca abajo para remachar los clavos. No cabe en ponderacion los dolores que padeció el Señor en este tormento ni se sabrá hasta el día del juicio. ¿Pues cuál sería el dolor de la Virgen Madre al oír los golpes del martillo? ¡Oh!, cómo creo que al mismo tiempo traspasaban el corazón de la Madre cuando clavaban las manos del Hijo... Ruégote, Señor, que por estos dolores me des á mí á sentir y llorar mis pecados... Pésame, Señor, de haberlos cometido, sólo por ser Vos quien sois...»

Después del calvario del tío Juanito solía decir el *Rosio* otro más breve, que estaba en verso, en décimas. Luego había otro cantado por los mozos, que empezaba así:

Poderoso Jesus Nazareno,
De cielos y tierra Rey universal,
Hoy un alma que os tiene ofendido
Pide que sus culpas queráis perdonar.
Usa de piedad...; etc.

Luego había algun otro rezado y cantado, pues al fin ó al principio de cada estacion rezada cantaban las chicas una ó dos quintillas alusivas á ella... Y todos estos viacrucis oía con devoción la gente formal, respondiendo el pueblo con esta redondilla tambien cantada:

Lágrimas de corazon
De puro dolor floremos,
Para que todos logremos
Los frutos de la Pasion;

besando la tierra al comenzar y al concluir las estaciones y al conmemorar las caídas del Divino Redentor, y rezando una estacion en cruz á la terminacion de cada calvario.

La mocedad masculina, no tan devota como los hombres formales y mucho menos que las mujeres, comenzaban á salirse, y los rapaces salíamos tambien á ver qué hacían los mozos. Algunos se ponían á jugar á la pelota contra la pared de la capilla mayor, pero no faltaba quien les dijese que no se debía jugar siendo el día que era, y lo dejaban.

—Vamos á visitar el Monumento de Pantanosa—proponía uno,—para que no se nos haga la tarde tan larga.

—Está muy lejos—le contestaban.

—¿Qué más da?—replicaba él.—Todavía hay un buen rato de sol: tenemos tiempo de sobra.

—No, no—decían dos ó tres á un tiempo

—Es mucha caminata para un día de ayuno...

—¡Legua y media entre ida y vuelta!

—Se hacen demasiadas ganas de cenar, para tener luego que contentarse con unas lentejas...

—Y además—añadía otro,—¿qué vais á ver allí?... Cuatro trapines... Los mismos pañuelos que visteis á las mozas en el baile el día de Antruido; las mismas cintas que traían los rapaces del gallo y los zamarrones de la mojiganga, y nada más; porque con eso hacen allí el Monumento.

—Así creo que era antes acá—decía un forastero que estaba de criado del alcalde;—tambien he oído yo que hacían el Monumento con pañuelos y cintas y esas cosas...

—¡Quiá!

—No lo creas.

—Nunca.

—¿Quién lo dice?

—¡Buena verdad!

—¡Sí, lo que es eso!...

—Una mentira como una loma...

La insinuacion era rechazada en toda la línea como si fuera una blasfemia. No podía ser. En la noble villa todo se había hecho siempre bien, todo había sido siempre excelente, todo muy superior á lo de los pueblos comarcanos...

—Pues vamos á visitar el Monumento de la

Pueblina, que está más cerca — se le ocurría decir á otro.

—Eso, bueno; si queréis, vamos.

—Sí, vamos.

Y partía inmediatamente la expedición, compuesta de una bandada de mozos y otra de rapaces, grandes y pequeños.

Cuando llegábamos estaba la mayor parte de la gente formando corrillos fuera de la iglesia, porque, igual que nos había pasado á nosotros, se cansaban ya de rezar. Al vernos, cuchicheaban un poco unos con otros, como si se dijieran: «Ya vienen los de Pedrosa... ¿qué tendrían que hacer acá?... Después decía un vecino, así, medio en chanzas, medio en veras:

—A éstos no se les había de dejar entrar, porque no vienen más que á dar tachas.

—Venimos á rezar—contestaba muy formal un mozo de los nuestros. Y por último todos se saludaban amistosamente.

A los rapaces más pequeños, que no habíamos estado allí nunca, nos chocaba mucho lo pequeñina que era la iglesia, y nos decíamos en voz baja unos á otros:

—¡Chachos, qué iglesina!

—¡Para segun es la de allá!

—¡Sí, pues si viérais otras que hay por ahí abajo! Esta siquiera tiene capillas; ¡si viérais la de Crímenes!

—¡Hombre! aquélla es más bajina que la nuestra, fragua...

Entrábamos, eso sí, con gran formalidad y compostura, porque en la casa de Dios no había que andar en bromas; nos arrodillábamos y nos poníamos á rezar una estacion devotamente, sin perjuicio de mirar cómo era el Monumento.

Me acuerdo lo mismo que si le estuviera viendo ahora. El frente le formaban dos colchas manchegas, ambas del mismo color azul celeste, aunque no del todo iguales en el dibujo, colgadas de una sogá que, amarrada á los dos arranques del arco toral, atravesaba la iglesia de lado á lado. El espacio como de dos varas que quedaba entre las dos colchas formaba la puerta del Monumento, sobre la cual, y colgada de la misma sogá, habían puesto la tela del pendón, prendiendo una punta á cada lado á manera de dos cortinas recogidas. En el centro de cada una de las colchas se veía muy estirado y prendido con alfileres un pañuelo francés, con unos lazos de galon en las esquinas y otro en el medio.

En el interior del Monumento las paredes laterales eran de sábanas orladas de cintas y adornadas por el medio con lazos y algunas estampas de San Antonio y de la Virgen del Camino.

Por arriba, figurando cielo raso, había un cobertor azul de tinte fino que tenía en el centro prendido un pañuelo de seda de los que llamaban de Toledo, blanco con cenefa encar-

nada y con un redondealín en el medio, del mismo color que la cenefa.

En el altar, que había quedado dentro del Monumento, lucían seis velas en los candeleros de la parroquia, y en el suelo había tres palmatorias de alquimia con velas muy pequeñas, de á dos onzas, un velon de cuatro mecheros, varios candiles de peana y algunos candeleros de chopo con unas cosas que parecían hachas de cera, pero que eran palos de chopo también, y tenían embutida en la parte superior una lamparilla de hojalata con aceite.

En seguida de haber entrado nosotros en la iglesia fué volviendo á entrar también la gente del pueblo, y poco después se adelantaron hasta lo cimero de la iglesia tres mozos bajicos de estatura, porque todo era pequeño en aquel lugar, y empezaron á cantar un calvario sin duda para que viéramos los forasteros que allí se sabía de todo. Me acuerdo que cantaban tan mal, que más parecía que miagaban, y me acuerdo de lo que se respondía, que era la quintilla siguiente, un poco defectuosa en la consonancia del primer verso con el cuarto:

Jueves por la noche fué
 Cuando aquel Verbo humanado,
 De amor su pecho abrasado,
 Quiso darnos á comer
 Su cuerpo sacramentado.

* * *

Cuando volvimos á Pedrosa, á la puesta del sol, había concluido el último calvario y salía la gente de la iglesia. Algunas mujeres lloraban, otras habían llorado y se enjugaban los ojos.

Los hombres, aunque no lloraban, tenían las caras tristes y compungidas, como queriendo llorar también, porque asistían con fé á la conmemoración de los divinos misterios y pensaban condolidos en la pasión y muerte del Redentor del mundo.

Acababan de oír contar con voz lastimera en la octava estación, cómo entre la mucha gente que seguía á Jesús en la dolorosa vía, iban unas mujeres que lloraban viéndole padecer tanto, y cómo el Divino Maestro se volvió hacia ellas y las dijo que no lloraban por él, sino por sí mismas y por sus hijos, ó por sus pecados, pues si tal se hacía con el árbol verde y jugoso, ¿qué no se haría con el seco y sin fruto? Es decir, que si Él siendo Hijo de Dios, inocente, sin sombra de culpa, y modelo de todas las virtudes, padecía tanto por los pecados ajenos, ¿qué tormentos no habrán de padecer por los propios los que habiéndolos cometido no los lloran de corazón ni hacen penitencia?

—«¡Oh desdichados pecadores—terminaba el que decía el calvario,—si no confesáis y lloráis vuestras culpas, más os valiera no haber nacido!»

Al oscurecer, cuando la mayor parte de la

gente se había ido á dar una vuelta por sus casas respectivas, recorriamos los rapaces las calles tocando las carracas para avisar que empezaban las tinieblas. Se cantaban éstas como el miércoles y se rezaba el rosario.

* * *

El viernes eran los oficios muy de mañana. Lectura de profecías, largas preces por todos, hasta por los pérfidos judios, adoracion de la Cruz... Y acabados los oficios se desarmaba el Monumento.

Por la noche tinieblas como los días anteriores, sin más variante que la de que luego, en el rosario, solía cantar Daniel, no el profeta, sino un rapaz con muy buena voz, la Salve Dolorosa:

Salve, mar de penas,
Salve, triste Madre...

* * *

El sábado tambien comenzaba pronto la funcion, porque era muy larga. Se bendecía la Pila, se bautizaba el Cirio Pascual, se hacía la lumbre nueva en el pórtico encendiendo la yezca con las chispas de la piedra golpeada por el eslabon, y con la yezca las hojas secas de los ramos benditos del año pasado y tras

de las hojas las varas. Se encendían con la nueva lumbre las lámparas y el Cirio y las Tres Marías, y se cogían de ella brasas para el incensario, empezando despues la misa y cantando el *Gloria* con acompañamiento de esquila y con el volteo de campanas todo el tiempo que duraba el canto.

Despues de misa y de haber cantado solemnemente la *Alabuya*, el mayordomo se iba al coro bajero, que era donde estaba la pila bautismal, y hacía el reparto del agua bendita entre el concurso de solicitantes, que eran mujeres, rapazas y rapaces; en fin, una persona de cada casa. Y era de ver allí el pintoresco desfile de vasijas de todas especies, desde la jarra de plata, dorada y con esmaltes, pasando por la de China, y la de cristal, y la de loza fina con pintura negra, y la de loza ordinaria con pájaros y flores azules, y la desmochicada y la desasada..., hasta el humilde jarro de Guardo, del color del barro, sin baño y sin alorno alguno...

Todas entraban en la pila con igual derecho y todas salían llenas de agua de la que se acababa de bendecir, con la cual, en llegando á las casas, la persona más formal de cada una, empleando como hisopo una ramita de acebo desgajada del ramo bendito, aspergearía la sala, los dormitorios, la cocina, la bodega, la cuadra, el corral y todas las dependencias, para purificarlo y renovar todo al tiempo

de la Resurreccion de Jesus, en armonía con la recomendacion de San Pablo: «*Expurgate vetus fermentum...* echad afuera el hurmiento viejo, echad afuera la antigua levadura para que seáis una confeccion nueva, pues por nosotros se ha inmolado Cristo.»

EL DÍA DEL CORPUS

La víspera por la tarde íbamos ya los rapaces á flores, los más pequeños, por allí cerca de las casas, á los prados de la vega de Traslavilla y á las bajaradas de la Cuesta; los más espigados, allá más lejos, á los escobales de la Melindrosa y á los brezales del Castro, del Pinedo y de Cueto-Rodrigo.

Al oscurecer volvíamos unos y otros muy ufanos con nuestra abundante cosecha, materialmente cargados de flores de diversas especies, de diferentes tamaños, tipos y matices, todas frescas y hermosas, para alfombrar con ellas, á otro día por la mañana, el piso de la iglesia recién barrida y el de las calles, barridas también, por donde había de pasar en triunfo el Rey de los Cielos.

Los de las cercanías habíamos cogido claveles, tulipanes y lirios en los parajes húmedos, alhelies, jacintos, margaritas, malvas y minutas en los secadales, violetas entre los espi-

nos, rosas silvestres en los garamitales de las sebes y buenas manadas de *flores del Perujo* en el sitio llamado así, del cual tomaban el nombre unas opulentas campanillas.

Los que se habían alejado más traían haces de brezo florido con su fina y menuda flor encarnada, gruesos manojos de peonías ó rosas de lobo, de las que azota el cierzo en las altas lomas, y cargas de gromos de escoba lloviaga, en los que apenas se veía lo verde. ¡Tal se había espesado en ellos la lujosa flor amarilla, que á pesar de ser amarilla es tan alegre y tan vivificante!

Las rapazas mayores, ya medio mozuellitas, solían traer azafates llenas y áun comolgadas de las mismas flores de escoba sueltas, que cogían ordeñando hacia arriba los gromos... Así se hacía el acopio de flores necesario para sembrar con profusion toda la carrera.

Nos acostábamos pensando en la fiesta, y soñábamos con la procesion y con las flores.

* * *

A otro día, en cuanto el alba empezaba á tender en Oriente su manto de oro y rosa, prendido por un extremo en el lejano pico de Mura y por el otro en el de la Rasa, coloreando así el cuarteron de cielo que cubre la parte alta del valle del Esla, sonaban unas campanadas menudas que daba el procurador con la

campanina y eran la señal para que saliera la gente á barrer y hermosear las calles.

Luego daban en acudir á la plaza los mozos armados de hachas ó podaderas y las mozas y rapazas armadas de escobas, y hasta los rapaces más chicos acudíamos tambien sin que nos llamara nadie, pudiendo decirse que, de los trescientos sesenta y cinco días que tiene el año vulgar, aquél era el único en que no se nos pegaban las sábanas, ó en que *motu proprio* nos levantábamos temprano.

De todos los ángulos de la villa venía allí la gente á recibir órdenes, dispuesta á trabajar en lo que la mandaran. Hasta los habitantes del barrio del Codejal, que no tenían calle que barrer, porque, como se les solía decir para sofocarles, por allí no pasaba Dios, acudían á barrer y adornar las calles centrales.

Reunida en corrillos la gente jóven, charlando de cosas sin sustancia, llegaba el tío Lúcas, un vecino de cierta respetabilidad, y decía:

—¿Qué hacéis así tan sosegados? ¿Creéis que con estar aquí paroleando se van á hacer las cosas ellas solas?

—Estamos esperando á ver si viene el señor alcalde—le contestaban,—para que nos diga qué chopos hemos de podar, y distribuya la gente y disponga...

—El alcalde es un ave fría que no sirve para disponer nada, y Dios sabe cuándo vendrá...

si viene... ¿Qué chopos habéis de podar? Pues los que tengan mejores ramas y más hoja.

—Los del prado de Concejo—decía un mozalbete,—creo yo que son los que están más adelantados.

—Bueno, pues los del prado de Concejo... Algo lejos estan; pero por ahí andan los rapaces bien demas para traer las ramas segun vayáis podando... Y si no, podad ahí en el plantío de la calzada; en cualquier parte... Siendo una cosa de costumbre inmemorial, ¿qué falta hace que el alcalde la disponga?... Y vosotras á barrer las calles aprisa—decía á las mozas y á las rapazas:—¿no las sabéis ya de otros años?

Con esto despajaraba de allí la gente y se ponía en obra. Los mozos se marchaban á podar chopos, y los rapaces á recoger los ramos que fueran podando para traerlos y plantarlos todo á lo largo de la procesion en dos hileras. Las mozas y las rapazas se dividían en cuadrillas y empezaban á barrer las calles. Otras iban sembrando flores en lo barrido.

* * *

Un rato despues, entre la cuadrilla de muchachas que llegaban barriendo junto á la bolera, surgía una duda, y consultaban sobre ella á un vecino.

—Tío Salvador—decían,—¿barremos de

aquí en derechura á la calle Real, ó por esta otra parte hacia el barrio de Abajo?.. Porque dicen que antes iba algunas veces por allí la procesion dando algo más de vuelta...

—Claro, que ha ido algunos años, y siempre debía ir—decía el consultado,—porque los del barrio de Abajo tambien somos de Dios... Pero lo mejor es que se lo preguntéis al señor Prior, para no errar.

—No se habrá levantado todavía.

—Pero ya estará despierto y pueden entrar á decirselo... Ahí está Juanin, que puede ir de una carrera á preguntárselo... Mira, Juanin, vete corriendo á casa del señor Prior y dí que le pregunten si ha de ir la procesion por esta calle ó por aquélla.

El niño salía corriendo.

—Ahora puede ser que tarde una hora en volver—decía una de las muchachas.

—No lo creas—la contestaba Salvador;—en un avemaria va y viene.

Tres minutos despues asomaba el chico ya de vuelta.

—Vaya, ¿le veis?—decía Salvador á las mozas.—Poco sabéis vosotras lo ligero que es ese rapaz: es un ave.

—¡Dijo que por la calle de *Don Santos!*—voceaba el tierno expostulario antes de acabar de llegar.

Y en seguida las barredoras tomaban la direccion de la calle Real, llamada tambien, co-

mo decía el niño, por el nombre del antiguo Administrador de Rentas Estancadas que vivía en ella.

Salta el sol dorado y brillante allá por los lejanos puertos de Liébana, bañando en lujoso resplandor la villa y haciendo muy largas, muy largas, las sombras de las casas que había en la plaza por la parte del saliente, y las de las personas también, y aún las nuestras, las de los rapaces, que mirábamos la propia proyección con envidia diciéndonos unos á otros:

—¡Chachos!... ¡Si fuéramos así de altos!...

Empezaban en esto á venir los rapaces grandes con sendos brazos de ramascos verdes, y los iban dejando tendidos á los dos lados de la calle ó de la faja de terreno barrida: detras iban dos mozos, con una estaca de hierro y un mazo, abriendo agujeros en el terreno duro para espetar los ramos, y más detras iban otros espetándolos; de modo que toda la carrera de la procesion quedaba orlada de ramos verdes y alfombrada de flores mezcladas con hierbas olorosas, pues también se echaban por el suelo manadas de hinojo y ramitas de apio y de hortolana.

En lo antiguo, segun contaban los entrados en edad, la procesion del Corpus hacía una parada en la Capilla de la Concepcion, que estaba en la plaza, casi á la mitad de la carrera; pero en los años á que se refieren estos recuerdos de mi niñez, como la capilla se había

caído, porque el Prior aquél, que dejó arruinarse también la iglesia y que era una calamidad, no había cuidado de retejarla, se hacía aquella mañana una capilla provisional adosada al paredon menos derruido de la otra (1).

He aquí el procedimiento: se hincaban en el suelo cuatro estacones altos, formando cuadro; se les enlazaba por arriba con una lía, de la cual se colgaban sábanas, cerrando tres de los lados y poniendo también otra por encima á manera de cielo raso; se guarnecían en seguida con cintas los esquinales, ó sean las junturas de las sábanas, salpicándolas por el fondo de lazos y flores; se ponía dentro una mesa con un mantel muy blanco, un crucifijo y unas sacras, y capilla hecha.

Este de la construcción de la capilla, ó de la *casina de Dios*, como decíamos los rapaces, era el labor más importante de la mañana y el más delicado; por eso se empleaban en él exclusivamente las personas más formales y entendidas.

Al redor de la capilla, á contemplarla en conjunto y á examinar sus pormenores comparándola mentalmente con la del año anterior, iban acudiendo las muchachas, segun

(1) La había edificado en el siglo XVII don Antolín Alvarez de Pedrosa y de la Gala, sacerdote, hermano de un cuarto abuelo mío, fundando en ella una capellanía con capellan bien dotado, y con cargo de decir la misa de alba. También está ya reedificada.

iban acabando de barrer y de sembrar flores, y los muchachos también conforme acababan de podar y de pinar los ramos, de suerte que se volvía á reunir allí casi toda la gente, saboreando el placer de ver concluida la obra.

Allí contaban las que venían de barrer de la Calzada, cómo la tía Mari-Josca había reñido con don Salvador, y le había puesto de la ley cansada, porque las cabras de éste, que volvían del repasto, habían echado algunas cagaritas en lo barrido.

—¿Pero esa mujer estaba alumbrada ó qué? —preguntaba un mozo al enterarse de las desvergüenzas que había dicho á persona tan respetable.

—Sí, niño, sí—contestaba una de las que habían presenciado la escena; parecía que había parveado.

—Toma: y no quita que fuera eso, que hubiera bebido algo de más—decía otro,—porque ya sabéis que el antiguo refran lo dice: de las aves que alzan el rabo, la peor es el jarro.

En esto llegaba el tío Lúcas, que venía á ser una especie de inspector ó revisador nato de las obras, y preguntaba:

—¿Quién hizo aquellas torceduras del camino en el Campo de Arriba, donde podía ir derecho como una bala?... ¿Fuiste tú, Feliciano?... ¡Estás hecho un buen ingeniero!...

—No, señor, yo no fui—contestaba el interpelado respetuosamente.

—Pues tú me parece que anduviste por hacia allí enramando.

—Sí, señor, sí anduve; pero el que se torció fué Simon, que iba delante.

—Y ¿dónde está Simon?

—No ha venido.

—¡Ah! Entonces, no estando aquí, de seguro el culpable fué él, porque ya se sabe: ni ausente sin culpa ni presente sin disculpa.

—No, señor; no crea usted que es por eso: es la verdad. El iba delante y fué el que hizo las cabriolas aquéllas... Y si no, pregúnteselo usted cuando venga, que no me dejará mentir.

—Bueno, pues que te deje ó que no y fuera quien fuera, lo que debéis hacer es ir un par de ellos á enmendarlo y á enderechar las hileras, que todavía tenéis tiempo, y está muy feo así...

—Irán ya á tocar á misa...

Y en efecto, se oía en aquel instante tocar las dos campanas juntas, dos veces: Clan..., clan.

Los hombres se echaban mano al sombrero, las mujeres se santiguaban.

Seguía luego una serie de campanadinas menudas con la grande, y otra serie de campanadinas menudas con la chica, y un repique muy corto, y en seguida comenzaban á darlas vuelta.

Sonaban entonces desahogadamente ambas campanas en majestuoso volteo, que duraba

un buen rato, recreándose orgulloso el vecindario en oirlas, porque eran las más grandes del contorno y las únicas que se echaban á vuelo en toda la Montaña...

Una de mis hermanas mayores salía á un balcon acompañada de una criada y colgaban en él un antiguo tapiz que representaba una selva en la cual aparecía un corzo.

—Ya está doña Isabelina engalanando los balcones—decía una mujer en la plaza. Y todas las miradas se volvían hacia aquella parte.

—¡Chachas, qué guapín!—decía una rapazona contemplando el tapiz embabiecada.

—Como otros años, niña—la decía una compañera;—¿no le has visto nunca?

—¡Y no, que no es el de otros años!

—¡Y sí, que es el mismo!

Y disputaban sobre esto con tenacidad, mientras mi hermana y la criada colgaban en el balcon central otro tapiz en donde el corzo aparecía ya perseguido por unos perros, y en el del extremo opuesto otro en donde daban muerte al corzo los cazadores.

En otras casas colgaban colchas de seda ó de lana ó de percal, segun los posibles, y hasta cobertores caseros.

Desde las primeras campanadas había comenzado á deshacerse la reunion, porque todos se iban marchando á sus casas á mudarse y componerse para ir á misa; las primeras las

mozas, que necesitaban más tiempo para ponerse majas, y especialmente aquel día, que habían de lucir la ropa mejor que tenían, el hondon del arca, como suele decirse.

Veinte minutos más tarde estaba ya toda la gente en la iglesia y empezaba la misa, que era la más solemne y más solfeada de todo el año. Como que tambien era aquélla la fiesta más grande. Pues aunque parece igualarla con otras tres el cantar que dice:

Cuatro fiestas tiene el año
Que relumbran más que el sol:
Navidad, Pascua de Flores,
El *Corpus* y la Ascension,

sin embargo, allí, en el concepto de aquella gente devota y sencilla, el *Corpus* es la mayor de todas.

Así es que se cantaba la *Misa de Angeles*, como en los demás días de incienso; pero se cantaba con más solemnidad y más despacio que nunca.

Terminada la misa, veíamos al mayordomo salir de la sacristía con un brazado de palos y tela: era el pálio. En seguida acudían los señores principales y los vecinos que aquel año eran de justicia á coger las varas y extenderle en forma.

El señor Prior se quitaba la casulla y se ponía la capa pluvial más lujosa que había, que era blanca con flores encarnadas y fleco de

oro, cogía en las manos el viril con la Hostia consagrada, que todo el pueblo adoraba de rodillas, y metiéndose debajo del páblio, salía la procesion de la iglesia.

Los cantores, que eran don Salvador y don Víctor y el maestro de instruccion primaria y tres ó cuatro estudiantes, cantaban el *Pange lingua* con solemnidad; y haciendo la guía el vistoso y ondeante pendon de damasco encarnado, recorríamos las calles principales de la villa, entre la frescura de los ramos de chopo recién cortados y el aroma que rendían á su Criador las rosas y las demas flores al calentarlas suave y cariñosamente con sus tibios rayos el sol de la mañana.

Todo el mundo marchaba con serenidad y devocion. Hasta los rapaces, inquietos de ordinario y enredadores, guardábamos aquel día inusitada compostura; y en cuanto la procesion hacía un poco de alto para que uno de los acólitos vestidos de encarnado y blanco incensara al viril, nos volvíamos de cara hacia él y nos arrodillábamos.

Al llegar la procesion á la capilla, se replegaba la gente formando semicírculo, y el señor Prior se dirigía al altarcito provisional, donde posaba el viril, y se arrodillaba entonando el *Tantum ergo*. Mientras se cantaba la última estrofa incensaba al Santísimo Sacramento: luego volvía á tomar en las manos el viril, bendecía con él al pueblo arrodillado, y vol-

viéndose á formar éste en dos filas, entonaban los cantores el *Sacris solemniss* y continuaba la procesion hacia la iglesia bajo el incesante y alegre volteo de las campanas.

Despues de la procesion los rapaces recobrábamos prontamente la movilidad y la travesura habituales, y utilizábamos las varas de los ramos para hacer chiflas, con las cuales dábamos largos *conciertos*, no muy agradecidos de las personas mayores. Las rapazas recogían del suelo las flores más hermosas y las hojas de rosa más grandes para ponerlas de registros en el libro de Doctrina ó en el devocionario, pues las consideraban benditas con bendicion especial por haber pasado Dios por encima.

La gente formal volvía por lo alfombrado hacia sus casas con cara de felicidad, en amistosas conversaciones laudatorias del propio esmero en la preparacion de la fiesta, y dando gracias á Dios por el buen tiempo; pues así, con el día que estaba tan hermoso, había resultado la procesion mucho más solemne y más lucida.

LOS VILLANCICOS

Con mes y medio de anticipacion, como quien dice desde Todos-Santos, empezaban á avisarse y á prepararse los que habían de tomar parte activa en la fiesta. Los ensayos solían ser por las noches en la cocina del señor cura, el cual tenía que hacer, no solamente de maestro de capilla, sino tambien de director de escena. Porque es de advertir que ademas de los versos que habian de cantar las niñas al ofrecer á la Santísima Virgen y al divino Niño recién nacido en el portal de Belen un ramo de velas y otro de mantecadas, tenía que haber tambien su poco de representacion del Nacimiento.

—¿Qué tal, Simon—preguntaba el párroco á un pastor que acababa de venir de encerrar el ganado,—sabes ya la tu parte?

—El cantar sí, señor, ya le voy sabien-

do—contestaba el moscayo;—pero lo que es el son no se me acaba de quedar en la cabeza.

—¡Pero, hombre, despues de tantas veces como lo hemos cantado ya estas noches pasadas!...

—¿Qué quiere usted, señor?... es que yo tengo muy mala memoria para las tonadas. ¡Si fuera mi hermano Sidro!... Aquél, mal apenas oye cantar una tonada ya la canta él igual; pero yo...

—Sí; tu hermano tiene mejor oído que tú, pero no tiene tan buena voz como la tuya, y de poco le sirve tener oído...

—Así es, señor; por eso dicen que siempre da Dios trigo á quien no tiene costales.

—Siempre no; pero muchas veces permite Dios que anden así las facultades desunidas ó trocadas, para que nos cueste más trabajo hacer las cosas y merezcamos más si llegamos á hacerlas. Porque Dios todo lo dispone para nuestro bien.

—Eso, claro—decía el pobre Simon, como quien está al cabo de todo.

—Vamos á ver—continuaba con amabilidad el señor cura,—vamos á ver lo que has aprendido... Do, sol, mi... Pas... to... res...

Y rompía Simon á cantar desafinando y cambiando de tono á cada sílaba.

Pastores de estos valles,
venid, venid conmigo...

—Eso no va bueno, Simon—le interrumpía el señor cura;—eso necesita todavía muchas vueltas.

—Sí, señor, sí; ya le decía yo á usted que me *paecía* que no estaba del todo bien.

—Pues no hay más remedio que aprenderlo... ¿A que sabe ya Cecilia los versos que tiene que cantar al ofrecer el ramo?—añadía dirigiéndose á una niña morenilla y esmirriada, con los ojos muy grandes.

—¡Huy! sí, señor; ¡cuánto hace!—contestaba ella con naturalidad encantadora.

—¿A ver, á ver?...

Y empezaba la esmirriadilla á cantar con voz muy delgada y muy dulce:

Señora del Cielo,
permite esta noche
que á tus pies cantemos
sencillas canciones.

Deja que nuestra alma
con tu dicha goce,
pues traes al mundo
la luz de los hombres.

—¡Bien, hija, bien!—la decía el señor cura.—Te tengo que comprar un devocionario en cuanto venga por ahí un quinquillero que los traiga de pasta fina. Pero ¿puedes tú con el ramo de cera? ¿No se te caerá?

—No, señor, no; bien puedo con él. Ya le llevé la otra noche desde nuestra casa á la del

señor maestro para que rizara la vela del medio... y no se me cayó, ni me pasó nada.

—Bueno, pues ten cuidado; porque si le dejas caer se hacen pedazos las velas y adios ramo: ya no puede lucir delante del Nacimiento en los días de las Navidades, de Año Nuevo y Reyes... Lo mismo que si Josefina deja caer el de las mantecadas y se deshacen: ya no se podría rifar ni podríais comprar con el producto de la rifa un manto á la Virgen... Con que vamos á ver, Simon, á ver si damos otro golpe á lo tuyo. En primer lugar, ¿sabes lo que tienes que hacer cuando oigas la voz del ángel?...

—Sí, señor, eso sí lo sé: ir al portal á adorar al Niño.

—Bien, pero mira: tú estas allá á lo bajero de la iglesia, junto á la escalera del coro.

—Sí, señor, donde estaba Tomás el año pasado.

—Justamente. ¡Pobre Tomás! ¡Dios le tenga en la gloria!... Mas por haberse muerto él tenemos que habérnoslas este año contigo, y no sé cómo quedaremos.

—No dejaré de ir saliendo allá, señor: *toavía* faltan ocho días, y en ocho días malo será que no me ponga yo al corriente.

—Bueno, pues ánimo y á ello. Mira, tú estás allá abajo junto al coro medio dormido, y en cuanto oigas cantar á Juanin, que es el ángel... ¿Dónde está Juanin?

—Aquí estoy, señor—dice un rapacete muy alegre que estaba acurrucado detras de la puerta.

—Tú has de estar escondido en el púlpito, ¿sabes? con una vela encendida. Desde allí cantas sin que se te vea... Canta, á ver:

Y canta Juanin:

Alerta, alerta, pastores;
alerta, alerta al momento,
que en un humilde portal
ha nacido el Rey del Cielo.

Venid á adorarle,
venid todos presto;
venid á adorarle,
seréis los primeros.

—¡Bien, bien! ¿Lo oyes, Simon? Pues en cuanto oigas cantar á Juanin despiertas, y al ver un resplandor sobre el portal, pues el portal está debajo del púlpito, echas á andar hacia allá, entras, te arrodillas, adoras al Niño Dios y te vuelves á la majada á llamar á los otros... Y Juanin seguirá cantando:

Alégrese los valles,
oteros y collados,
pastores y ganados,
en grata y dulce union;
Porque sonó la hora
de paz y de alegría,
porque ha llegado el día
de santa redencion.

—Mientras Juanin canta estos versos y los demas que siguen —continuaba el señor cura dirigiéndose á Simon,—has llegado tú junto al bautisterio, encuentras á Santiago y á Fidel que están dormidos, y los despiertas con malos modos...

—Eso de los malos modos no necesita usted encargárselo, señor, que bastante malos los tiene él siempre—dice la madre de Simon que, hilando una rocada de estopillas, presentaba el ensayo.

—Quiero decir—continúa el señor cura—que los despierte con ademanes toscos y propios de pastores, al mismo tiempo que les dice... ¿A ver? Dí tú.

Y empezó Simon á decir con aire fosco y enfadado:

Levántate tú, Chamorro;
alza, arriba, Juan Lorenzo...
¿no oís al ángel que anuncia
que ha nacido el Rey del Cielo?...

—Bien; despues te diriges al otro rincon de debajo del coro, donde hay otra majada con tres pastores que parece que están comiendo migas, y tambien les avisas enfadado y haces el ademan de dar un puntapié al caldero echándole á rodar.

—No le des muy fuerte, Simon, no me le vayas á abollar—dice la vieja ama de llaves

del señor cura, temiendo que la estropeen el caldero nuevo de azófar.

—Dí que para eso es, hombre—repuso el señor cura,—para que se gaste. No la hagas caso, y á tu cuento... Cuando hayas hecho levantarse á todos los pastores, te pones delante de ellos y los guías al Portal cantando... Vamos, canta:

Pastores de estos valles,
venid, venid conmigo,
veréis la maravilla
más grandes que se ha visto.

Y ellos te contestan cantando tambien y tocando las panderetas.

¿A ver, vosotros?

Vamos, vamos allá
alegres y festivos;
y en tanto que llegamos
refiere lo que has visto.

Entonces comienzas tú, Simon, á contarles lo que hay en el Portal, cantando estos versos:

Una mujer más bella
que el astro matutino,
mece en sus tiernos brazos
el más precioso niño...

Un venerable anciano
de humildes atavíos
parece ser el padre
de aquel recién nacido.

Y te constatan ellos como antes:

Vamos, vamos allá..., etc.

Llegáis todos, adoráis al Niño, le ofrecéis cada uno vuestro dón y cantáis á la Virgen:

Aquí te ofrecemos,
Señora, estos dones,
para tan gran Reina
demasiado pobres.
Míralos benigna
con ojos de amores,
y acepta con ellos
nuestros corazones.

Con que á ver si aprendéis cada uno vuestro papel perfectamente y lo hacéis todo bien y sin reiros, con mucho respeto, para dar gloria á Dios y á la Virgen Santísima.

—Pues claro—dice uno de los pastores,—y para que no digan en Villaoscura que hacen ellos mejor los villancicos.

—¡Qué los han de hacer mejor!— dice Simon, echándoselas de valiente.— Ni los villancicos, ni nada... Si en ese pueblo parece que no hay gracia de Dios... Ello mismo lo está diciendo... Villaoscura... Como que siempre amanece mucho más tarde que acá, y anochece primero.

—¡Sí, sí! Ándate con los de Villaoscura—replika otro,—que este año diz que tienen unos versos nuevos, que se los ha sacao un primo

del herrero, que está allá en Madrid de... yo no sé de qué; así como de *redentor* de un pe-riódico...

—Redactor será, hombre—dice el párroco; —pero dejad en paz á los de Villaoscura y aprended vosotros bien vuestros papeles para que la representacion salga perfectamente; que, como lo hagáis bien del todo, no lo perderéis... Desde la Misa del Gallo os hago venir aquí á todos á sobrecenar.

.....
Y efectivamente, ocho días despues, el 25 de Diciembre á las dos de la madrugada estaban todos los cantores y actores sobrecenando alegres en la cocina del señor cura, en celebracion de lo bien que habían salido los Villancicos.

DE VIAJE

«Tityre tu patuit». —Cercedilla. —La fonda de Segovia.
Los colonos de Cánovas. —León. —Sus monumentos. —
Sus adelantos. —Una estatua mal entendida. —La
Virgen del Camino.

Al sonar la pitada temblorosa y semi-alar-
mante del jefe de la estacion de Madrid, tomé
por asalto el octavo sitio de un departamento
ordinario de primera, y supe, por los que se
despedían á la ventanilla, que uno de mis com-
pañeros de viaje se llamaba Virgilio.

El nombre del poeta mantuano me recordó
la égloga, y pude consolarme un poco del calor
que me sofocaba pensando en los días de plá-
cida frescura que había de pasar en Pedrosa
sub tegmine fagi.

Excuso decir que aquel Virgilio no era poeta
bucólico, sino empleado conservador, que ha-
biendo resuelto el problema del otro poeta lati-
no, el del *utile dulci*, ó sea el de hermanar la
utilidad del sueldo con la dulzura del veraneo,
se dirigía á una hermosa provincia marítima á
tomar posesion de un buen destino, para vera-
near á costa de los contribuyentes.

Se puso el tren en marcha, y, despues de

muchas paradas inútiles, como las de *El Plan-tio* y *Las Matas*, estaciones nuevas que, para facilitar los cruces, ha hecho la Compañía del Norte por no tender la segunda vía ni siquiera hasta Villalba, llegamos á Cercedilla completamente á oscuras, por habérsenos apagado el farol del departamento, sin que el jefe de la estacion, á quien dimos noticia del suceso, nos hiciera caso. Y eso que á este jefe le había visto yo hacía algun tiempo llevar su complacencia hasta el extremo de alargar desmesuradamente la parada ordinaria para que llegaran al tren con toda comodidad unos indígenas. Pero no todos hemos de ser iguales.

A oscuras pasamos el túnel de la divisoria entre ambas Castillas, y llegamos al Espinar, donde á fuerza de quejarnos nos encendieron el farol para que se volviera á apagar poco despues, porque sin duda no tenía condiciones para lucir, así como Cánovas no las tiene para gobernar, ni Bosch para administrar el Ayuntamiento de la corte.

Llegados á Segovia, dos amigos míos, otros dos viajeros y yo, entramos en la fonda de la estacion con ánimo de cenar, pues no habíamos comido en Madrid; pero no vimos aparatos sino para tomar café ó chocolate. Preguntamos si había qué cenar; nos dijeron que había sopa y fiambres, y en cuanto nos sentamos á tomar la sopa, sin cuidar de ponernos en la mesa pan, vino y servilletas, pues de todo esto

carecía, se nos presentó un camarero con una bandeja, diciéndonos que si hacíamos el favor de pagarle.

—¿Y qué le vamos á pagar á usted—le dijo uno de mis amigos,—si áun no sabemos lo que hemos de tomar?

No insistió por entonces; mas cuando acabamos de tomar un poco de jamon, que fué lo que pedimos despues de la sopa, nos levantamos para marchar, y preguntamos cuánto era. Llamó en su auxilio á otro, y, suma de aquí, suma de allá, contando las cosas dos veces y sumando *doce y dos quince*, llegaron á pedirnos por aquel ligero tente-en-pié, diez y ocho reales á cada uno, cuatro reales más de lo que cobran por una comida formal y en toda regla. Nos resistimos, hablamos alto y acudió del mostrador una mujer, la cual, sumando más cristianamente, dejó los diez y ocho reales reducidos á siete. ¡Para que ustedes se fien!

Salimos de aquella estacion ciega emprendiendo una pesada peregrinacion hacia atras para tomar la curva que une la línea de Villalba con la de Medina, volvimos á andar hacia adelante, y ya no nos sucedió nada notable en todo el camino.

Cuando pasábamos por los pueblos de la llanura de Campos comenzaba á amanecer, y ya estaban los labradores en las eras agarrados al bieldo. ¡Pobres gentes! Empiezan á limpiar al amanecer, y si continúa el aire, así les